

ALICE AU JARDIN DES FLEURS VIVANTES (1896)

Existe una posibilidad –remota, pero posibilidad al fin y al cabo– de que algún biógrafo idealista, algo enajenado y amante de las reconstrucciones imposibles, se encuentre en este momento comparando minuciosamente las vidas de **Alice Liddell** y **Alice Guy**. La primera, joven inspiración que sirvió a **Charles Dodgson** [más conocido como **Lewis Carroll**] para escribir **Alicia en el país de las maravillas**, uno de los relatos más famosos del siglo XIX. La segunda, la directora de cine más prolífica que haya existido jamás, teniendo en su haber más de un millar de películas. La primera, eclipsada por su propio personaje, al que en los últimos años de vida llegaría a aborrecer. La segunda, ninguneada por una historia oficial con tendencia a descartar de sus páginas los nombres de mujer. Ambas, desafiando a su destino de uno u otro modo, queriendo cambiar ciertas cosas.

En 1896, tras el éxito de la película **La Fée aux choux**, la directora **Alice Guy** decide acercarse a **Alice Liddell** o, mejor dicho, al personaje que **Liddell** inspiró, a esa **Alicia** de imaginación desbordante capaz de crecer sin medida, encogerse hasta casi desaparecer o hablar con una liebre sin echar de menos la supuesta normalidad.

Guy utiliza con destreza los primitivos recursos técnicos de los que dispone para traducir a imágenes el universo creado por **Dodgson**, logrando así una fascinante obra que serviría de inspiración a directores como **Méliès**, que a pesar de no ser un niño, siempre creyó en la magia del cine.

Ciento veintiún años después, en este presente que tantas realidades contiene, volvemos a pensar en el biógrafo idealista que encabeza este texto, alguien que tal vez esté imaginando la posibilidad de que **Dodgson**, más conocido como **Lewis Carroll**, se emocione viendo la película de Alice Guy tan solo un par de años antes de morir.

Cartel:

YEYEI GÓMEZ



Crítica:

MARLA JACARILLA